Año 1962 132

El Correo Gallego Abril

(51)

CHAMPAN

POR JOAQUIN CALVO-SOTELO

(De la Real Academia Española)

SEGUN las últimas estadísticas, 54 millones de botellas de champán francés se han vendido en 1961. Se rebasa —así lo afirma un corresponsal desde Reims— la cifra de 50 millones de botellas, que hace unos años era considerada como un objetivo difícilmente accesible y —huelga decirlo— el tope de treinta millones a que se llegó antes de la guerra. Cincuenta y cuatro millones de botellas de champán suponen cincuenta y cuatro millones de ruidosos y festivos taponazos. El plástico de la alegría, sirviendo de contrapunto al plástico del terror. El champán es, de manera mucho más positiva que el perro, amigo del hombre. Suele ser puntual para asociarse a sus mejores horas. Bodas y bautizos, banquetes sonados, cenas de amor o de negocios... El champán es, desde siempre, clásico testigo de muchos primeros besos y de muchas firmas de contrato.

El champán no es el vino tradicional español. Nosotros solemos reemplazarlo con la sidra, que cumple las funciones del champán con parecido bullicio y a precios moderados. Tenemos también una producción nacional de champán —¿cómo no?—, cuyos índices desconozco, cuyas malaventuras en los tribunales de Inglaterra, allí donde del jerez español se hace mangas y capirotes, hemos seguido co nel natural asombro y que, gracias al hilván de algunas cosechas y de algunas marcas, ha conseguido, si no la devoción, sí, por lo menos, el respeto de los aficionados. A la vista de los datos estadísticos, llegaremos a la conclusión de que la felicidad media europea en 1961, es mayor que nunca, ya que el champán es una bebida eminentemente festival, nacida para regar el amor, las canciones, las horas soleadas de la vida, y cabe medir la anchura y número de éstas, por el de las botellas consumidas.

Confrontar, sin embargo, las noticias de Reims con las restantes del periódico es desorientador. De una parte, a dos columnas, el periódico nos estimula el ánimo con tan optimista guarismo, por el otro, nos lo conturba, hablándonos de huelgas, de atentados, de secesionismos, de crímenes... Y mientras, las bodegas de Reims, vaciándose a marchas forzadas, ante una demanda sin par. Me siento inclinado a suponer o que Europa tiene el vino triste o que la Prensa no refleja con exactitud y con fidelidad, lo que pasa. Si hojeásemos los periódicos de hace cincuenta años, notaríamos la ausencia de grandes titulares. En los que yo leía con avidez —de la que no me he curado, de la que no me curaré nunca— cuando era niño, la titulación se hacía a una sola columna, aun para informar de noticias sensacionales. Acaso se usaban los titulares extraordinarios, cuando la noticia era extraordinaria. Ahora se abulta, para abultar los titulares. En mi infancia, los periódicos eran voceados por sus vendedores. "La Corres, con el escándalo del Congreso", es una de las frases estereotipadas en mis oídos de niño. Hogaño, los periódicos se vocean por sí mismos y en los quioscos los ofrecen de forma que tienten al transeúnte, mostrándole un surtido de catástrofes, de desmanes y de cataclismos geológicos. Si los titulares a tres y cuatro columnas tuvieran siempre razón de ser, nuestra vida daría miedo. Periódicos hay que aspiran a ser el matinal o vespertino electroshock de sus lectores, pero sospecho que éstos van descubriéndoles la trampa, quitando grados a su exaltación y dándole, a todo aquello de cuanto les ponen al corriente, un aire normal y ~~a un~~ monocorde. Así resulta que, o no valoran demasiado asustadizamente lo que sucede al rededor suyo o al cínico grito de —ahí me las den todas— mandan a poner en hielo la botella de turno. Puntualizando: o la situación no es como se nos pinta, en cuyo caso el aumento del consumo del champán es lógico, o, si es tal cual nos la describen, no se comprende bien que se reaccione echándose al coleto una cuantas copas, salvo que, como los tangos, Europa bebe para olvidar.

A mi modesto entender, la explicación consiste en que, por debajo de toda la variada suerte de calamidades que aflige al universo mundo y que ha hecho presa de modo especial en nuestro vecino país, la vida diaria corre a un ritmo de una prosperidad y de un auge fabuloso. En Francia, de una manera concreta, el bienestar medio ha aumentado en un 45 por ciento en los últimos 10 años. Es probable que la zozobra, el temor, el desasosiego de las gentes maltrechas por las vicisitudes de una lucha sin cuartel, preocupadas por el futuro, torturen a muchos espíritus, pero al parecer no tanto como para que el júbilo y los brindis mengüen. Las estadísticas antes citadas precisan que Francia ha consumido de los 54 millones de botellas, treinta. Teóricamente, todos los gaznates franceses se han beneficiado de un chupito de esa deliciosa bebida. Dios sabe cuántos son los excluídos y cuántos los que han trasegado la legítima y el tercio de mejora; pero eso ya es otro cantar. Alguna vez, sustenté la tesis de que vivimos sin saberlo una segunda "belle époque", y si acaso un día intentase el paralelo entre ésta, de la que nosotros somos protagonistas o comparsas y aquélla que monopoliza ese dorado líquido, los millones de inofensivos disparos de las botellas de champán abogarían en favor de mi afirmación. Porque el champán es un divino y superfluo, ~~los millones de inofensivos el hombre cuando ya atendió cumplidamente sus primarias exigencias~~, y si su producción toma rumbo ascensional, es porque, a pesar de los pesares, las cosas marchan bien. Con nuestro vaso de buen vino, pues, menos decorativo y espumoso pero igualmente confortador y saludable, brindamos por que el consumo del champán se acrezca y por que allí, de los Pirineos para abajo, nos llegue, de vez en cuando, alguna que otra botellita suelta, para un caso de apuro.